

EL RELOJERO

1º - 4º

The musical score is for a song in 2/4 time. The vocal line starts with a melody in G major, marked *mf* (mezzo-forte) and *p* (piano). The lyrics are in Spanish and consist of three lines. The accompaniment includes a Metálof (metallophone) and a Casc. o (cascabel or bell). The Metálof part consists of chords in G major, and the Casc. o part consists of a simple rhythmic pattern.

mf *p*

1. DIN DON, DIN DON DAN, cam-pa - ni - tas - so - na - rán; DIN DON, DIN DON
2. CLIN CLAN, CLIN CLON CLAN, las es - tre - llas bri - lla - rán; CLIN CLAN, CLIN CLON
3. LA LA, LA LA LA, an - ge - li - tos can - ta - rán; LA LA LA LA

Metálof.

Casc. o

<https://ideaswaldorf.com/din-don/>

En Alemania vivía una vez un pequeño relojero llamado Hermann Joseph. Vivía en una pequeña habitación con un banco de trabajo, un armario para su madera y sus herramientas, un aparador para sus platos y una cama con ruedas que estaba bajo su banco de trabajo. Al lado había un taburete, y eso era todo, excepto los relojes. De esos tenía más de cien: pequeños y grandes, adornados y sencillos, algunos tenían esferas de madera, otros de porcelana, había relojes de pie, relojes de cuco, relojes con y sin carillón; y todos colgaban de la pared, que estaba casi completamente cubierta por ellos. En la única ventanita había expuesto en un estante su reloj más hermoso. A menudo la gente se detenía, y uno decía entonces:

"Mirad, Hermann Joseph ha hecho un reloj nuevo. Es el más bonito de todos."

Y si alguien quería un reloj, entraba y compraba uno.

Como ya dije: Hermann era un pequeño relojero. Esto se debía a que su espalda y sus piernas estaban torcidas. Pero en toda la ciudad no había un rostro más amable, y los niños lo adoraban.

Cuando un juguete se rompía o una muñeca había perdido un brazo, una pierna o un ojo, entonces la descuidada madre de la muñeca llevaba a su querida hija directamente a Hermann Joseph.

"Este niño debe ser curado", decía entonces. "¿Lo harás por mí?"

Y con lo que Hermann estuviera ocupado en ese momento, dejaba a un lado su trabajo para reparar la muñeca rota; y nunca tomaba ni un céntimo por ello.

"Cómprate algo rico con esto, o mejor aún, ahorra el dinero para Navidad", decía siempre.

Ahora bien, hace mucho tiempo era normal que la gente que vivía en esta ciudad llevara regalos de Navidad para María y el Niño a la catedral. La gente ahorra todo el año, para poder comprar algo especialmente hermoso en Navidad. Y, según se decía, si alguien le llevaba un regalo al

Niño Jesús que le gustara más que cualquier otro, Él se inclinaría desde el brazo de María para tocarlo.

Por supuesto, esto era solo una leyenda. El viejo conde, el habitante más anciano de la ciudad, no podía recordar que eso hubiera sucedido jamás, y mucha gente ya se reía al escucharlo. Pero los niños hablaban a menudo de ello, y los poetas escribían sobre ello hermosos poemas. A menudo se llevaban regalos tremendamente caros, y los donantes se quedaban entonces esperando y se susurraban a sí mismos:

"Quizás ahora suceda el milagro."

La gente que no podía hacer regalos, iba no obstante a la iglesia en Nochebuena y miraba las ofrendas de los demás, escuchaba los cantos y admiraba las velas encendidas. El pequeño relojero era uno de ellos. A menudo se le acercaban y le preguntaban:

"¿Cómo es que nunca traes un regalo?"

Una vez incluso el obispo preguntó:

"¿Dónde está tu regalo para el Niño? Incluso gente más pobre que tú ha traído algo."

Entonces Hermann había dicho:

"Esperad y lo veréis. Alguna vez yo también traeré una ofrenda."

La realidad era que el pequeño relojero daba todo lo que tenía durante todo el año y para Navidad simplemente ya no le quedaba nada. Pero tenía una idea grandiosa. Cada minuto libre que le dejaba su trabajo como relojero, lo dedicaba a ello. Le había costado varios años, y solo Trude, la pequeña hija de sus vecinos, sabía algo al respecto. Y la niña se había convertido ya en una ama de casa, y el regalo todavía no estaba terminado.

Era un reloj, el más espléndido, el más hermoso reloj que se hubiera visto jamás; y cada pieza estaba hecha con amor y esmero. La caja, el mecanismo, las pesas, las manecillas y la esfera, todo eso había costado años de trabajo. Y ahora Hermann veía por fin que podría terminarlo para esta Navidad, si se daba un poco de prisa.

Seguía reparando juguetes infantiles, pero ya no arreglaba relojes normales; también vendía mucho menos, y a menudo su armario estaba vacío, y se iba a la cama con el estómago vacío.

Pero solo se puso un poco más delgado, y su rostro se volvía cada vez más amable. Mientras tanto, el reloj destinado a ser regalo se volvía cada vez más y más hermoso. Era una representación del pesebre: María arrodillada junto al pesebre, donde yacía el Niño Jesús, las puertitas estaban abiertas, y a través de ellas salían las horas. Había tres reyes y tres pastores y tres soldados y tres ángeles, y cuando el reloj daba la hora en punto, se arrodillaban alternativamente en adoración ante el Niño dormido, mientras las campanillas de plata tocaban el "Magnificat".

"¿Ves?", le decía el relojero a Trude, "esto significa que no solo debemos adorar al Niño Jesús y llevarle regalos los domingos y días festivos, sino cada día, cada hora."

Los días pasaban rápido, tan rápido como nubes arrastradas por el viento, y al fin el reloj estuvo terminado. Hermann estaba tan orgulloso de él que lo puso en la ventana, para que los transeúntes pudieran verlo. Y pronto se formaban grupos enteros de gente que miraban el reloj y se preguntaban si este sería ahora el regalo del que Hermann había hablado: su regalo en Nochebuena para el Niño Jesús.

Llegó la Nochebuena. Hermann limpió su taller, dio cuerda a todos sus relojes, cepilló su ropa, y para asegurarse de que todo estaba en orden, miró una vez más su reloj tan especial.

No tendría que temer la comparación con todos los demás regalos, pensó con alegría. Estaba incluso tan emocionado de alegría que le dio todo su dinero, excepto un stiver, a un mendigo ciego que pasaba por su casa. Y cuando recordó que no había comido nada desde el desayuno, gastó el stiver en una manzana navideña, que pensaba comer con el pedazo de pan que aún tenía en el armario. Puso la manzana en el armario; cuando se hubiera vestido, la comería. En eso se abrió la puerta, y entró Trude llorando.

"Niña, ¿qué pasa?", preguntó entonces y la tomó en sus brazos.

"Mi marido ha tenido un accidente, y todo el dinero que habíamos ahorrado para un árbol, dulces y juguetes, he tenido que dárselo al doctor.

¿Qué les digo a los niños? Ya han encendido la vela en la ventana y están esperando al Chirst Kind."

El relojero rió alegremente.

"Vamos, vamos, pequeña. Todo irá bien. Hermann venderá un reloj por ti. Alguien en la ciudad seguramente necesitará un reloj. Entonces tendremos en un santiamén dinero suficiente para comprar tres juguetes. Vete a casa."

Se abrochó el abrigo, y después de escoger uno de los mejores relojes antiguos, salió de casa. Primero fue a los ricos comerciantes, pero sus casas estaban llenas de relojes; luego a los viajeros comerciales, pero decían que su reloj era anticuado. Incluso se paró en las esquinas de las calles y gritó:

"¡Un reloj, un buen reloj en venta!", pero nadie le hizo caso.

Al final, reuniendo todo su valor, fue a ver al conde.

"¿Querría Su Excelencia comprar un reloj?" Su propia timidez le hacía temblar un poco. "No habría venido a vosotros con esta petición si no fuera Navidad y no quisiera comprar con el dinero un poco de felicidad para unos niños."

El conde se rió.

"Sí, quisiera comprar un reloj, pero no este. Pago mil florines por el reloj que ha estado estos últimos cuatro días en tu ventana."

"¡Pero Excelencia, eso es imposible!" Y ahora el pobre Hermann temblaba mucho más.

"¡Bah! Nada es imposible. Ese reloj o ninguno. Vete a casa. En media hora enviaré a alguien a buscar el reloj y a darte los mil florines."

El pequeño relojero salió tambaleándose.

"¡Cualquier cosa menos eso, cualquier cosa menos eso!", murmuró una y otra vez de camino a casa.

Al pasar por la casa de los vecinos, vio a los niños en la ventana con la vela encendida y oyó cantar a Trude.

Y así sucedió que el criado del conde vino y se llevó el hermoso reloj que debía ser el regalo para el Niño Jesús. Pero el relojero solo aceptó cinco de los mil florines como pago. Y cuando el criado salió a la calle, los relojes de la gran catedral comenzaron a sonar, y de repente se veía mucha gente en las calles que iba a la iglesia a dejar allí su regalo.

"Ya he ido muchas veces con las manos vacías", dijo el pequeño relojero apenado, "entonces puedo hacerlo una vez más."

Así que volvió a ponerse el abrigo. Al darse la vuelta hacia el armario para cerrar la puerta, su mirada cayó sobre la manzana navideña. Una sonrisa asomó a sus labios, y un brillo apareció en sus ojos.

"Esto es todo lo que tengo: Mi comida para dos días. Se lo daré al Niño Jesús. Todavía es mejor que presentarme con las manos vacías."

Pacífica y hermosa estaba la catedral cuando Hermann entró. Miles de velas ardían, y el aire estaba impregnado del delicado y dulce aroma de las ramas de abeto. Y el altar ante María y el Niño estaba lleno de regalos.

Entre ellos había ofrendas más valiosas que nunca: espléndidos vehículos de plata de los plateros, telas bordadas en oro y paños de seda que los comerciantes de oriente habían traído, los poetas habían dado sus versos escritos en pergamino, los pintores habían traído cuadros de los santos y de la Sagrada Familia, y el rey incluso había puesto su corona y su cetro a los pies del Niño Jesús.

Y ahora venía el pequeño relojero. Lentamente avanzó por la oscura nave central, sosteniendo firmemente su manzana navideña en la mano. La gente lo veía, y podía oírlos susurrar, cada vez más y más claro:

"¡Una vergüenza! ¿Veis? Es demasiado tacaño para regalar el reloj. Se lo guarda como un avaro guarda su oro. ¡Mirad lo que trae! ¡Es una vergüenza!"

Las palabras llegaron a los oídos de Hermann, y como ciego avanzó tambaleándose, la cabeza caída sobre el pecho, abriéndose paso con ambas manos. El altar parecía estar infinitamente lejos. Ahora sabía que había pasado el banco, ahora sus pies pisaron los primeros peldaños, y tenía que subir siete para llegar al altar.

¿Lo llevarían sus pies hasta arriba?

"Uno, dos, tres", contó en silencio. Tropezó y casi cayó.

"Cuatro, cinco, seis." Casi lo había logrado. Solo un peldaño más.

Los susurros sobre la "vergüenza" cesaron y dieron paso a un murmullo de asombro. Pronto pudo entender las palabras claramente.

"¡El milagro! ¡Eso es el milagro!"

La gente se arrodilló, el obispo alzó las manos juntas. Y el pequeño relojero, que subía tambaleándose el último peldaño, alzó la mirada velada y vio cómo el Niño en brazos de María se inclinaba hacia adelante con las manos extendidas para recibir el regalo.

Aportación de IdeasWaldorf